

¿EL ÚLTIMO DOCTOR DE LA IGLESIA? EL LEGADO DE BENEDICTO XVI

Daniel Cardó¹

Actualmente, ocupa la cátedra Benedicto XVI de Estudios Litúrgicos en el Seminario San Juan Vianney y es profesor visitante en el Augustine Institute en la ciudad de Denver (USA). Es autor de *La cruz y la eucaristía en el cristianismo primitivo* (Cambridge University Press, 2019), *¿Qué significa creer? Faith in the Thought of Joseph Ratzinger* (Emmaus Academic, 2020) y *The Art of Preaching: A Theological and Practical Primer* (Catholic University of America Press, 2021).

RESUMEN

El artículo se cuestiona en torno a la figura de Joseph Ratzinger/Benedicto XVI. En especial, si se trata del último teólogo de una cadena de grandes autores cristianos, surgidos en los últimos siglos y vinculados al Concilio Vaticano II. En el camino, se presenta la figura de un pensador sereno y maduro que, sabiendo realizar las labores más incómodas, se dedicó con paciencia al cultivo de un profundo amor por la sabiduría divina, que permite pensar a Dios actualmente. El autor esboza los tres principios fundamentales sobre los que se sostiene la contribución del teólogo alemán a la humanidad: fe y razón, la acogida de la palabra de Dios y la sagrada liturgia.

Palabras clave: Ratzinger, Doctor de la Iglesia, racionalidad, Revelación, liturgia.

¹ Traducción Fondo Editorial UCSP.

UN HUMILDE TRABAJADOR DE LA VIÑA DEL SEÑOR

El título de este ensayo es deliberadamente ambiguo. Se trata de la siguiente pregunta: ¿es Benedicto XVI el último Doctor de la Iglesia? Existen cuatro requisitos para ser declarado Doctor de la Iglesia: santidad de vida, ortodoxia de fe, erudición eminente y la declaración explícita del Sumo Pontífice. ¿Benedicto XVI llegará a ser el último doctor en sentido relativo, es decir, el último de una serie de santos —37 para ser exactos— que han sido oficialmente reconocidos por su significativa, fiel y sabia contribución a la comprensión de la fe? O, más bien, en sentido absoluto, ¿puede ser considerado el último de todos?

Aun en el caso de que un día Benedicto sea declarado Doctor de la Iglesia, evidentemente no se puede decir que después no serán declarados más doctores. Sin embargo, sí es posible afirmar que es el último en más de un sentido. En primer lugar, Joseph Ratzinger es el último de los padres que dio forma al Concilio Vaticano II, en el que participó como perito teológico cuando contaba apenas con 35 años. Con su muerte en cierta forma se perdió un vínculo directo con ese histórico evento. Ratzinger, además, es también el último exponente de una generación especial de encumbradas figuras teológicas que marcaron decisivamente la vida de la Iglesia en los siglos XX y XXI. Más allá de cualquier afinidad intelectual, el apellido Ratzinger es el último en formar parte de una gloriosa lista: Guardini, De Lubac, Rahner, Von Balthasar, Daniélou, entre otros. Ciertamente existen grandes teólogos en la Iglesia de hoy, personas de gran cultura y experiencia. Sin embargo, no es fácil encontrar entre ellos un nombre que pueda añadirse a esa lista, no solo de autores consumados, sino también de mentes sabias y visionarias, integrales y proféticas, fieles y sintéticas. Joseph Ratzinger es el último de una generación.

Ratzinger publicó más de sesenta libros, así como centenares de artículos académicos. Enseñó en las universidades de Bonn, Münster, Tubinga y Ratisbona, donde formó generaciones de teólogos y tuvo, como se mencionó, una parte activa en los trabajos del Concilio Vaticano II. Más tarde como Arzobispo de Múnich y Frisinga, Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe y finalmente como Papa, fue una figura clave para la vida de la Iglesia Católica.

El premio nobel de literatura Mario Vargas Llosa escribió con ocasión de la renuncia al pontificado de Benedicto XVI que, quienes discrepaban con él, como el propio novelista, necesitaban prestar atención a sus argumentos, que nunca eran superficiales ya que Ratzinger

«pertenecía a lo más conspicuo de una especie en extinción: el intelectual. Reflexionaba con hondura y originalidad, apoyado en una enorme información teológica, filosófica, histórica y literaria, adquirida en la decena de lenguas clásicas y modernas que dominaba, entre ellas el latín, el griego y el hebreo»².

Sin duda ha habido muchos papas brillantes, como León, Gregorio, Benedicto XIV o Juan Pablo II; pero quizás se puede afirmar que ningún otro en toda la historia de la Iglesia ha alcanzado una estatura semejante como teólogo y académico de primer orden. Después de un debate con Jürgen Habermas, el renombrado filósofo le dijo a un amigo, que a su vez se lo refirió a otro y este a mí (¡vaya pequeña cadena!) esta sencilla confesión: «es más inteligente que yo».

A pesar de esto, no es que Ratzinger fuese un frío académico. Su amigo, el cardenal Meisner, lo describió así: «es inteligente como doce profesores y piadoso como un niño de primera comunión». Joseph era un hombre gentil. Sus colaboradores atestiguan que era una persona serena y que nunca estaba de mal humor. Incluso cuando tantos en la Iglesia y en la sociedad lo criticaban y atacaban de tantas maneras; cuando lo presentaban como un rígido alemán encargado de imponer la más estricta ortodoxia o cuando fue traicionado por algunos de sus más cercanos colaboradores, supo sufrir en silencio y con paciencia.

Ha habido muchos papas brillantes, como León, Gregorio, Benedicto XIV o Juan Pablo II; pero quizás se puede afirmar que ningún otro en toda la historia de la Iglesia ha alcanzado una estatura semejante como teólogo y académico de primer orden.

Ratzinger se tuvo que dedicar a cosas que en realidad nunca buscó. Su gran sueño siempre fue ser teólogo. No quiso ser obispo ni estar a cargo del dicasterio de la Doctrina de la Fe. Sabemos que presentó más de una vez su carta de renuncia y que Juan Pablo II nunca la aceptó. Ciertamente tampoco quiso ser Papa a los 78 años. Incluso más tarde describirá el momento de su inminente elección al pontificado como una guillotina que estaba por caer sobre él. Después de

² Mario Vargas Llosa, *El hombre que estorbaba*, publicado en *El País*, 23 de febrero de 2013.

su muerte, su biógrafo Peter Seewald revelará que durante décadas sufrió terribles dolores de cabeza e insomnio crónico.

El papa Francisco describió a su predecesor no solo como un «grandísimo teólogo y maestro de la fe», sino como «un hombre que cree verdaderamente, que ora verdaderamente; se ve que es un hombre que personifica la santidad, un hombre de paz, un hombre de Dios»³. El más grande teólogo de nuestro tiempo era un hombre que rezaba. Por eso, nunca perdió su gentileza y humildad.

Cuando se lee su testamento espiritual, lo que más impresiona al lector es precisamente esa combinación inusual de humildad y conocimiento. Primero, agradece con sencillez a Dios, a su padre, a su madre, a su hermana, a su hermano, a sus amigos, a la gente de sus queridos Alpes bávaros. Luego, habla el intelectual: «Acompañé el camino de la teología hace ya sesenta años [...]. He visto y veo todavía cómo de la maraña de hipótesis ha surgido y sigue surgiendo la razonabilidad de la fe»⁴.

Si bien su partida ha comportado tristeza, este tiempo podría ser, parafraseando lo que escribió acerca de la Ascensión, el comienzo de una nueva cercanía⁵. Nuestra esperanza es que esta nueva cercanía a Joseph Ratzinger sea la ocasión para que muchos puedan comprender su contribución decisiva y cuánto su trabajo y sufrimiento silencioso ha bendecido al mundo, quizás de muchas más maneras de las que se imagina.

El papa Francisco describió a su predecesor no solo como un «grandísimo teólogo y maestro de la fe», sino como «un hombre que cree verdaderamente, que ora verdaderamente; se ve que es un hombre que personifica la santidad, un hombre de paz, un hombre de Dios».

³ Francisco, *Prefacio* en Joseph Ratzinger - Benedicto XVI, *Enseñar y aprender el amor de Dios*, BAC, Madrid 2016, p. XI.

⁴ *Testamento espiritual del Papa Emérito Benedetto XVI*, 5.

⁵ Véase Joseph Ratzinger, *El comienzo de una nueva cercanía*, en *El resplandor de Dios en nuestro tiempo. Meditaciones sobre el año litúrgico*, Herder, Barcelona 2008, pp. 169-185.

LA CONTRIBUCIÓN DURADERA DE BENEDICTO XVI

No se podría afirmar que todo lo que Ratzinger realizó fue perfecto. Pero es claro que su contribución a la vida de los cristianos es significativa. De hecho, escribió de manera consistente sobre prácticamente todos los temas relevantes a la fe. Esto constituye quizá uno de los aspectos más importantes de su obra. Ratzinger no se encuadra dentro de la típica división de autores entre aquellos que son más analíticos y profundizan al detalle un limitado número de temas o aquellos más sintéticos y que visualizan el panorama completo, ofreciendo una explicación general de la realidad. Muy pocos pueden encajar bien en ambas categorías. Ratzinger es uno de ellos.

Ahora bien, es pertinente hacer una clarificación importante: el influjo de Benedicto va más allá de las ideas que desarrolló en sus escritos. Por lo tanto, su impacto es considerable no solamente para aquellos que disfrutaron la lectura de sus libros de teología, sino para la humanidad. En cierta medida, no se puede ser católico en el siglo XXI sin Benedicto.

Algunas personas sellan la historia y cambian nuestras vidas, sea que reflexionemos sobre ellas o no. Por ejemplo, no podemos razonar prescindiendo de Aristóteles. Los conceptos comúnmente aceptados de verdad, lógica y ética ya son parte de nuestro patrimonio intelectual. Por eso, la mayoría de nosotros, cuando pensamos, no nos viene Aristóteles en mente y, sin embargo, pensamos como lo hacemos gracias a él. Tampoco se puede hablar inglés sin Shakespeare. De hecho, no existirían tantísimas palabras comunes que se usan en inglés cotidianamente como *bedroom* (cama), *excitement* (entusiasmo), *torture* (tortura), *lonely* (solitario). Así pues, cuando se habla inglés común no solo se cita a Shakespeare (aunque también lo hagamos) sin saberlo, sino que se habla inglés gracias a él.

Análogamente, no se puede ser católico en el siglo XXI sin Benedicto. Su aporte va más allá de sus fascinantes y sugestivas ideas sobre Dios y el mundo. Pienso que su legado reside principalmente en las categorías con las cuales propone pensar a Dios hoy. Como Agustín y Tomás de Aquino en su tiempo, Ratzinger ha contribuido a la arquitectura teológica en el siglo XXI. No solo me refiero a lo que se ve en una casa cuando caminamos dentro de ella (las ideas como los cuadros, colores o muebles), sino a los fundamentos que sostienen el edificio. Ratzinger ofrece la sustancia, los principios y la gramática con la cual podemos hablar de Dios en el mundo de hoy.

Quisiera mencionar a continuación las tres principales contribuciones a esa arquitectura.

FE Y RAZÓN

Desde un principio, Ratzinger trabajó por la promoción de la armonía profunda entre fe y razón. Encontró la clave para ello en el uso del término *logos*, palabra que significa precisamente palabra y significado. *Logos* es «el origen racional de toda la realidad, la razón creadora de la que nació el mundo y que se refleja en el mundo»⁶. Ahora bien, existe algo más que la razón: «Es propio de la fe cristiana reconocer también que Dios —la Razón eterna— es Amor»⁷.

Estas son realidades primarias que le permiten afirmar algo sorprendente: «la verdad y el amor son idénticos»⁸ puesto que ambas son una Persona. La fe cristiana se basa en el hecho de que el amor y la razón se aúnan «como los auténticos pilares de lo real: la verdadera razón es el amor, y el amor es la verdadera razón. En su unidad son el verdadero fundamento y la meta de todo lo real»⁹.

Ahora bien, Ratzinger no reflexiona sobre ello de una manera distante, desde la seguridad de una torre de marfil, sino en cuanto creyente, como uno que se compromete, que lucha, que sabe de qué está hablando y que está en capacidad de decirlo con sencillez y belleza.

La fe cristiana vive de que no existe el puro entendimiento, sino el entendimiento que conoce y ama personalmente; de que el ser humano se puede confiar con la seguridad de un niño, que en el tú materno ve resueltos todos sus problemas. Por eso, la fe, la confianza y el amor son a fin de cuentas la misma cosa, y todos los contenidos en torno a los cuales gira la fe no son sino aspectos concretos del cambio radical, del “yo creo en ti”, del descubrimiento de Dios en el rostro de Jesús de Nazaret¹⁰.

Ratzinger insiste en el hecho de que fe y razón se necesitan mutuamente: «La razón sin la fe no sanará, pero la fe sin la razón no será humana»¹¹. Sin tapujos afirma que «en la religión hay patologías altamente peligrosas que hacen necesario considerar la luz divina de

6 Joseph Ratzinger, *Europa, raíces, identidad, misión*, Ciudad Nueva, Madrid 2005, p. 97.

7 Lug. cit.

8 Joseph Ratzinger, *Fe, verdad y tolerancia. El cristianismo y las religiones del mundo*, Sígueme, Salamanca 2005, p. 199.

9 Allí mismo, p. 160.

10 Véase Joseph Ratzinger, *Introducción al cristianismo*, Sígueme, Salamanca 2013, p. 67.

11 Joseph Ratzinger, *Fe, verdad y tolerancia. El cristianismo y las religiones del mundo*, ob. cit., p. 121.

la razón como una especie de órgano de control por el que la religión debe dejarse purificar y regular una y otra vez»¹². Una fe puramente sentimental basada en la experiencia individual y limitada a piedades personales es altamente peligrosa. La fe ha de estar estructurada por la razón porque la fe es razonable y, por supuesto, «también hay patologías de la razón, una *hybris* de la razón que no es menos peligrosa... Por eso, también a la razón se le debe exigir a su vez que reconozca sus límites y que aprenda a escuchar a las grandes tradiciones religiosas de la humanidad»¹³.

Ratzinger insiste en el hecho de que fe y razón se necesitan mutuamente: «La razón sin la fe no sanará, pero la fe sin la razón no será humana».

Resulta significativo que, en el mundo antiguo, el cristianismo no se haya alineado con las distintas religiones sino más bien con la filosofía. «En el cristianismo la ilustración se convirtió en religión, y no ya en el antagonista de la religión»¹⁴. «El encuentro entre el mensaje bíblico y el pensamiento griego no era una simple casualidad»¹⁵ y por tanto «no actuar según la razón es contrario a la naturaleza de Dios»¹⁶. Ratzinger estaba tan convencido acerca de la razonabilidad de la fe que no temía embarcarse en debates públicos con intelectuales laicistas.

LA ACOGIDA DE LA PALABRA DE DIOS

Uno de los documentos más ricos e influyentes del Concilio Vaticano II es la constitución dogmática *Dei Verbum*, sobre la divina Revelación. El joven Joseph Ratzinger ejerció una influencia directa en la redacción del texto y, por ende, la manera actual de comprender la Revelación se debe en buena parte a él. Criticó el esquema inicial del

12 Joseph Ratzinger, "Lo que cohesiona al mundo. Los fundamentos morales y prepolíticos del Estado liberal" en Jürgen Habermas & Joseph Ratzinger, *Entre razón y religión. Dialéctica de la secularización*, Fondo de Cultura Económica, México 2008. p. 53.

13 Lug. cit.

14 Joseph Ratzinger, *Fe, verdad y tolerancia. El cristianismo y las religiones del mundo*, ob. cit., p. 149.

15 Benedicto XVI, *Discurso en la Universidad de Ratisbona*, 12 de septiembre de 2006, 5.

16 Lug. cit.

documento que presentaba la Revelación como proveniente de dos fuentes distintas: la Escritura y la Tradición. Veía en ello una separación rígida y mecánica de la Revelación en dos compartimentos estancos, lo cual condenaba la fe «a la esterilidad, separando la teología definitivamente de la ciencia moderna»¹⁷.

Benedicto enseñó a acoger la Palabra de Dios —escrita y no escrita— bajo la guía de los Padres de la Iglesia, a leer la Escritura en la Iglesia, en apertura a la contribución de las ciencias humanas y los nuevos métodos exegéticos, dándoles siempre su lugar (limitado) sin perder de vista que la Escritura está realmente inspirada por Dios y, por tanto, «hay que leerla e interpretarla con el mismo Espíritu con que se escribió».

Existe más bien una sola fuente de la Revelación: Dios mismo, que nos habla a través de los dos canales (o modos) de la Escritura y la Tradición. De esta manera, la Revelación no es principalmente una realidad doctrinal o moral, sino una Persona que comunica la verdad de sí misma y su amor. Esta aproximación permite ver la Iglesia como «casa de la Palabra»¹⁸, donde no existe contradicción entre Biblia y Tradición, Palabra e Iglesia. En efecto, «el Verbo de Dios precede y trasciende la Sagrada Escritura»¹⁹ y el cristianismo no es una religión del libro sino de una Persona. El enunciado central de la fe cristiana «no dice “creo en algo” sino “creo en ti”»²⁰.

Benedicto enseñó a acoger la Palabra de Dios —escrita y no escrita— bajo la guía de los Padres de la Iglesia, a leer la Escritura en la Iglesia, en apertura a la contribución de las ciencias humanas y los nuevos métodos exegéticos, dándoles siempre su lugar (limitado) sin perder de vista que la Escritura está realmente inspirada por Dios y,

¹⁷ Joseph Ratzinger, *Resultados y problemas del tercer periodo del Concilio en Obras completas. VII/I Sobre la enseñanza del Concilio Vaticano II. Formulación, transmisión, interpretación*, BAC, Madrid 2019, p. 383.

¹⁸ Benedicto XVI, *Exhortación Apostólica Postsinodal Verbum Domini*, 52.

¹⁹ Allí mismo, p. 17.

²⁰ Joseph Ratzinger, *Introducción al cristianismo*, ob. cit., p. 66.

por tanto, «hay que leerla e interpretarla con el mismo Espíritu con que se escribió»²¹.

La trilogía sobre Jesús de Nazaret (2007–2012) es el rico resultado de la contemplación del misterio de Jesús, a lo largo de toda una vida de oración y seriedad académica. La obra se alza como una escuela perenne, no solo para conocer información sobre Jesús, sino para aprender el camino para encontrar y conocer al Señor.

Su obra *Jesús de Nazaret* será recordada más allá de sus profundos alcances sobre los distintos pasajes de la vida del Señor. Quizá su legado más importante, como clímax de sus cincuenta años como escritor, fue mostrar que la Escritura se puede leer en modo racional y espiritual, con honestidad intelectual y fidelidad a la tradición.

Benedicto expresó su preocupación por las diversas reconstrucciones que terminaban por separar el “Jesús histórico” del “Cristo de la fe”. Consideraba esa división como una situación «dramática para la fe, pues deja incierto su auténtico punto de referencia: la íntima amistad con Jesús, de la que todo depende, corre el riesgo de moverse en el vacío»²². De ahí que, en apertura a todos los recursos de las ciencias modernas, leía los Evangelios como Revelación, empleando lo que llama exégesis canónica, presentando «al Jesús de los Evangelios como el Jesús real, como el “Jesús histórico” [...] una figura históricamente sensata y convincente»²³. Es decir, tratando de conocer a un Jesús al que se puede creer y seguir.

LA SAGRADA LITURGIA

Si bien Benedicto no fue un liturgista “profesional” —como tampoco fue un “especialista” en Biblia—, su visión sobre la liturgia ha sellado la manera como se celebra el culto a Dios. El primer documento del Concilio fue la Constitución sobre la liturgia. Del mismo modo, pidió que el primer volumen de sus *Obras completas* en ser publicado fuese también sobre la liturgia, donde señala: «Primero Dios. Cuando la mirada hacia Dios no es lo determinante, todo lo demás pierde su orientación»²⁴. Por eso, sostiene decididamente que «la Iglesia subsiste

21 Concilio Vaticano II, *Constitución dogmática Dei Verbum*, 12.

22 Joseph Ratzinger, *Jesús de Nazareth. Primera parte: Desde el Bautismo hasta la Transfiguración*, Planeta, Bogotá 2007, p. 8.

23 Allí mismo, p. 18.

24 Benedicto XVI, *Sobre el volumen inaugural de mis escritos* en Joseph Ratzinger, *Obras completas. XI Teología de la liturgia. La fundamentación sacramental de la existencia cristiana*, BAC, Madrid 2012, p. XIII.

y cae con la Liturgia [...] la verdadera celebración de la santa Liturgia es el núcleo de toda renovación de la Iglesia»²⁵, y afirma aún con mayor audacia: «la causa más profunda de la crisis que ha sacudido a la Iglesia radica en el oscurecimiento de la prioridad de Dios en la Liturgia»²⁶.

Basándome en el principio según el cual nada es más importante que el culto a Dios, se mencionarán tres aspectos de la visión litúrgica de Joseph Ratzinger/Benedicto XVI que han informado en gran medida el culto litúrgico en la Iglesia.

En primer lugar, Benedicto XVI es quizá el mejor interlocutor para comprender lo que sucedió durante las reformas litúrgicas de los siglos XX y XXI. Después del movimiento litúrgico, el Concilio propuso una necesaria y equilibrada renovación. Sin embargo, «en la ejecución de las indicaciones conciliares podía suceder fácilmente que el balance del texto conciliar se decantara de forma unilateral en una determinada dirección»²⁷.

Las reformas implementadas después del Concilio son claramente vinculantes, «pero no deben identificarse sin más con el Concilio en cuanto tal»²⁸. Por eso, la apertura hacia una revisión de la liturgia hodierna no significa estar en contra del Concilio, sino que es necesario volver siempre a lo que realmente se afirmó. La reforma litúrgica ha de entenderse según lo que Benedicto describe como hermenéutica de la reforma en continuidad, y no como si el Concilio hubiese marcado un nuevo inicio, de modo que lo que antes era sagrado ya no lo es más y tenga que prohibirse.

En segundo lugar, su visión ayuda a comprender el significado de lo que el Concilio denomina participación activa en la liturgia. La constitución *Sacrosanctum Concilium* señaló que «al reformar y fomentar la sagrada Liturgia hay que tener muy en cuenta esta plena y activa participación de todo el pueblo»²⁹. En el espíritu de la liturgia, Ratzinger se lamentaba de que «desgraciadamente, la expresión se ha

25 «La Chiesa sussiste e cade con la Liturgia [...] la vera celebrazione della santa Liturgia è il nucleo di qualsiasi rinnovamento della Chiesa» (Joseph Ratzinger, *Grüßwort* en Franz Breid (ed.), *Die heilige Liturgie. Referate der Internationalen Theologischen Sommerakademie 1997*, Ennsthaler, Steyr 1997, p. 9. Citado por Roberto di Mattei, *Considerazioni sulla riforma liturgica* en *La questione liturgica. Atti delle Giornate liturgiche di Fontgombault, 22-24 luglio 2001*, Nova Millennium Romae, Roma 2010, p. 179).

26 Benedicto XVI, *Qué es el cristianismo. Un testamento espiritual*, La Esfera de los Libros, Madrid 2023, p. 67.

27 Joseph Ratzinger, *Cuarenta años de la Constitución sobre la Sagrada Liturgia. Retrospectiva y prospectiva* en *Obras completas*. XI, ob. cit., p. 512.

28 Allí mismo, p. 513.

29 Concilio Vaticano II, *Sacrosanctum Concilium*, 14.

desvirtuado muy pronto, interpretándola solo en un sentido externo, es decir, concluyendo que era necesaria una actuación general, como si todo consistiera en poner en marcha al mayor número posible de gente y con la mayor frecuencia»³⁰. El núcleo de la verdadera participación es interior; se trata de unir el corazón al sacrificio de Cristo, de entrar en el misterio. La verdadera participación consiste en la unión entre la oración del creyente y aquella de Cristo. En especial, en la plegaria eucarística.

Finalmente, para muchos hoy en día la belleza parece algo secundario, cuando no simplemente irrelevante o disruptivo. En *Sacramentum caritatis*, Benedicto XVI sostiene que la liturgia «está vinculada intrínsecamente con la belleza: es *veritatis splendor*»³¹. De ahí que el cuidado por la belleza en la liturgia «no es mero esteticismo sino el modo en que nos llega, nos fascina y nos cautiva la verdad del amor de Dios en Cristo»³².

Benedicto XVI propone muchas reflexiones sobre diferentes aspectos de la belleza litúrgica, como la arquitectura, el rito o las vestiduras sagradas, pero quisiera detenerme tan solo en la música litúrgica. Nos recuerda que es esencial la distinción entre música religiosa y litúrgica. Ambas son válidas e importantes, pero al mismo tiempo diferentes. La música litúrgica tiene como criterio referencial el canto gregoriano y la polifonía clásica. En cuanto tal, «la liturgia cristiana no admite sin más cualquier tipo de música; establece más bien un criterio, y ese criterio es el Logos»³³.

Ello nos conduce a una última consideración: en los años sucesivos al Concilio algunos autores hacían una distinción drástica entre música “esotérica” y “utilitaria”. Música “esotérica” vendría a ser el hermoso tesoro de la tradición litúrgica de la Iglesia que no ha de ejecutarse en el contexto litúrgico, pues en él solamente debería usarse la música “utilitaria”, es decir, aquella que es tan simple y fácil que permitiría a todos cantar todo. Esta idea ha penetrado y domina aún la vida de muchas parroquias en todo el mundo. Benedicto XVI lamenta esta situación cuando dice: «en las experiencias de los últimos años, se ha hecho evidente ciertamente una cosa: el repliegue sobre lo utilitario no ha producido una liturgia más abierta sino solamente más pobre»³⁴. Quisiera citar un pasaje más extenso al respecto:

30 Joseph Ratzinger, *El espíritu de la liturgia*, en *Obras completas*. XI, ob. cit., p. 98.

31 *Sacramentum caritatis*, 35.

32 Lug. cit.

33 Joseph Ratzinger, *El espíritu de la liturgia*, en *Obras completas*. XI, ob. cit., p. 87.

34 Joseph Ratzinger, *El fundamento teológico de la música sagrada* en *Obras completas*. XI, ob. cit., p. 378.

Ahora que ha partido a la presencia del Padre, confiemos en que la herencia de este moderno Doctor de la Iglesia sea cada vez más conocida, con apertura y sincera gratitud.

Una Iglesia que ejecuta ahora solo “música utilitaria” se abandona a lo inútil y se convierte ella misma en inútil. A ella se le han confiado tareas más elevadas. La Iglesia no debe contentarse con lo útil para la comunidad [...]. El arte que la Iglesia ha creado es, junto con los santos que han crecido en ella, la única “apología” verdadera que puede exhibir de su historia [...]. Si la Iglesia debe transformar, mejorar, “humanizar” el mundo, ¿cómo puede hacerlo y al mismo tiempo renunciar a la belleza que está estrechamente relacionada con el amor? [...] La Iglesia debe continuar siendo exigente; debe ser el lugar en el que la belleza está en casa³⁵.

CONCLUSIÓN

Más allá de la lectura de sus escritos, el legado de Ratzinger será parte de la vida de la Iglesia del siglo XXI. Se podrán aceptar o rechazar sus propuestas. Sin embargo, ignorarlas sería deshonesto. Ahora que ha partido a la presencia del Padre, confiemos en que la herencia de este moderno Doctor de la Iglesia sea cada vez más conocida, con apertura y sincera gratitud.

35 Allí mismo, p. 393.